

Zapopam, que es mañana, y le he prometido á usted ser su guía. Puesto que le agradan á usted los recuerdos de nuestras guerras civiles, yo tengo muchas cosas que referirle.

Me guardé bien de rehusar el ofrecimiento de D. Ruperto, y nos separamos muy buenos amigos.



CAPÍTULO TERCERO



Albino el contrabandista



Sin duda, el capitán tenía mucho empeño en cultivar la amistad formada entre nosotros por la casualidad, porque á la mañana siguiente, día de la fiesta de Zapopam, entró á caballo á cosa de las diez de la mañana en el patio del *mesón*, donde yo estaba posado. Mi caballo estaba dispuesto, bajé, y ambos tomamos el camino del pueblo de Zapopam, situado á dos leguas de Guadalajara. Las calles que atravesamos estaban muy compuestas: las cortinas de seda, lana ó algodón que servían de sobrecamas á los habitantes, se hallaban colgadas á guisa de adornos en todos los balcones. Unos arcos formados de *tules* frescos, mezclados con

innumerables flores silvestres, pendían sostenidos en los balcones de una y otra acera. Las campanas tocaban á vuelo, y los cohetes tronaban por todas partes, principalmente en las azoteas. Los habitantes de la ciudad circulaban fuera de sus muros; los del campo invadían la ciudad. El camino que conduce á Zapopam se hallaba lleno de carruajes, de individuos á caballo y gentes de á pie, que como nosotros se dirigían al encuentro de la Virgen milagrosa, que iba á verificar su entrada solemne en Guadalajara. Supe en el camino por boca del capitán, que para tener el honor de combatir á los españoles bajo la protección del cielo, y para oponer una Virgen á la de los Remedios, elevada al rango de *generalísima* por el virrey Venegas, los *Tapatíos* (es el nombre que dan á los habitantes de la capital de Jalisco), habían dado á la patrona de Zapopam el grado de *general*. La ceremonia se había verificado el 13 de junio de no sé qué año, y aquel día era el aniversario de la fiesta á que asistíamos.

Nos hallábamos aún á medio camino, cuando encontramos el carruaje en que caminaba la Virgen, y el cual no iba tirado por caballos ni mulas, sino por los fieles que lo hacían con el mayor gusto. La imagen fué recibida con estrepitosos vivas y aclamaciones, y

atravesó triunfalmente la multitud, adornada con una banda tricolor, es decir, con los tres colores nacionales: verde, blanco y encarnado, lo que demostraba un grado militar muy elevado. Habría sido una imprudencia no inclinarse con respeto delante de aquella imagen. Los *Tapatíos* son afamados en toda la República por su destreza en el manejo del puñal, y se entregan con mucho gusto á los ejercicios del arma, á los cuales son excesivamente aficionados.

— ¿Quiere usted que continuemos paseo? me preguntó el capitán, cuando la piadosa procesión se hallaba distante de nosotros. Todas estas cosas me recuerdan, á pesar mío, los días de mi juventud. En el camino le referí á usted la aventura que me hizo conocer mi vocación decidida para *guerrillero*. Conocerá usted á los hombres que dieron á este país la señal de la insurrección contra la tiranía española.

Había escogido perfectamente el lugar y el momento para la evocación de los héroes y de las escenas gloriosas de la revolución mexicana. Todos los alrededores de Guadalajara hablan de la guerra de independencia. Una larga calle de sauces se extiende desde el pueblo de S. Pedro, inmediato á Zapopam, hasta la capital del Estado de Jalisco, y en aquel camino soli-

tario, D. Ruperto podía comenzar su narración, con la certidumbre de que no seríamos interrumpidos; así, pues, se apresuró á cumplir su promesa.

— Mi vida militar, me dijo el capitán, comenzó en 1810. Mi padre era, en aquella época, administrador de una hacienda muy hermosa, situada á pocas leguas de Tampico. Aquella hacienda pertenecía á un rico español. Tenía yo entonces cosa de veinte años, y mi principal ocupación (porque nuestros amos no querían que se instruyesen los criollos), consistía en recorrer á caballo las posesiones que estaban á cargo de mi padre, en lazar toros y en domar los potros que se destinaban para la silla y para la caballeriza del propietario. Aquella educación me crió naturalmente robusto, acostumbrado á las fatigas y á todos los ejercicios que constituyen un verdadero *jinete*. Había aprendido también á manejar el fusil, la espada y la lanza.

Un día, era un domingo del mes de febrero del año de 1810, y como día festivo se hallaban suspensos los trabajos en la hacienda, me paseaba á caballo á la orilla del mar. El animal que montaba era un soberbio alazán, al que yo había echado la primera silla, y al que quería mucho, á pesar de que no me pertenecía.

El sol comenzaba sus ardientes rayos, y yo había echado pie á tierra á la puerta de un *tendejón*, al que entré para refrescarme, después de aquel largo ejercicio. Había atado mi caballo á uno de los pilares de mampostería que formaban el portal de la taberna. Apenas me había sentado, cuando un oficial de dragones de San Luis penetró en la sala y preguntó con voz imperiosa á quién pertenecía el caballo que se hallaba en la puerta.

— Es mío, señor capitán, dije modestamente.

— ¡Tuyo! añadió el oficial con el mayor desprecio; ¿no sabes, pícaro, que un criollo no tiene derecho para montar á caballo, lo que es un privilegio exclusivamente reservado á nosotros los españoles? En verdad que el virrey hace mal en permitir á otros *bribones* montar yeguas, y que no debía concedérseles más que para cabalgar en burros.

— Ignoraba que obrase mal, contesté.

— No lo olvidarás en lo de adelante, pícaro, continuó el capitán, y la lección te costará tu caballo.

— ¡Es que no me pertenece! exclamé.

— ¿Entonces has mentido, ó lo has robado?

— Ni soy ladrón, ni mentiroso, contesté colérico;

porque los mexicanos reunidos en la sala, habían comenzado á reirse cobardemente del ultraje hecho á uno de sus hermanos.

El oficial no pronunció una sola palabra; mas, el látigo que tenía en la mano silbó en el aire y tocó mi mejilla. Dí un salto, lleno de rabia; sin embargo, era tal el terror que nos inspiraban nuestros tiranos, que el brazo que había yo levantado, cayó con desaliento. Me contenté con interrogar con la vista, estremeciéndome, las fisonomías de los mexicanos, reunidos á mi derredor. Una risa, un movimiento burlesco me habría servido de pretexto para hacer caer sobre mis compatriotas el peso de aquella cólera que no me atrevía á descargar sobre el español; pero nadie pareció dispuesto á añadir un insulto al ultraje que yo había sufrido. Entonces ví á un joven en traje de pescador, sentado á pocos pasos de donde yo estaba, ponerse pálido, y levantarse visiblemente conmovido, por el indigno trato que se me daba. ¿Qué más le diré á usted? Yo estaba solo; el oficial iba acompañado por dos amigos suyos, yo me hallaba desarmado y sin poder defenderme, y á pesar de mis instancias mi caballo fué conducido por el *asistente* de uno de los oficiales.

Salí de la taberna y caminé algún tiempo, sin saber

adónde dirigirme. Seguía una vereda, apenas visible en la arena, á la orilla del mar, cuyas olas azotaban la playa con un ruido triste y monótono. Mil blasfemias y necias amenazas se escapaban de mi boca, cuando una voz áspera gritó repentinamente á mis espaldas.

— ¡Hola! amigo, ¿á quién le habla usted de esa manera?

Yo era, y aún soy algo supersticioso, y aquella voz que respondía bruscamente á mi pensamiento, me pareció la del demonio, siempre pronto á ofrecer á los hombres los medios de perder sus almas. El hombre que tan ásperamente me había apostrofado, se hallaba cubierto con un traje grosero, á pesar de que no parecía pertenecer á la ínfima clase de la sociedad. Tendría cincuenta años, poco más ó menos. Su fisonomía inteligente y orgullosa á la vez, imponía el respeto y la obediencia. Turbado por aquel inesperado encuentro, al principio sólo pude murmurar algunas palabras incoherentes, haciendo la señal de la cruz. Este movimiento hizo sonreír desdeñosamente al desconocido.

— ¡Groseras supersticiones! dijo mirándome con una especie de burla y de compasión; sí, eso es todo

lo que se enseña á nuestros hijos. ¿Quién ha ultrajado á usted, hijo mío, y qué mano ha estampado en sus mejillas esa sangrienta marca ?

Yo había dado mis quejas al viento, tomando por testigos á las orillas del mar, así es que no me hice de rogar para comunicar mis penas á la persona que parecía demostrarme tan vivo interés. Escuchándome, aquel hombre dirigía su vista, de cuando en cuando, á la línea azul que terminaba el horizonte, é interrumpió un momento mi relación para preguntarme si un punto blanco, que me designaba con el dedo, era una gaviota ó una barca de pescador.

— No es gaviota ni barca, respondí, sino el velamen de un buque de tres palos, ó un brick.

— Bien, respondió ; continúe usted.

Y terminé mi relación, no sin hacer los mayores esfuerzos para vencer la emoción que me ahogaba. Cuando concluí, el extranjero me apretó la mano.

— Cuente usted conmigo, me dijo, quedará usted vengado, y otros muchos lo quedarán igualmente.

En aquel momento se presentó á nuestra vista el pescador, cuyas buenas disposiciones para conmigo había notado en la taberna.

— ¡ Vive Cristo ! dijo acercándosenos ; un latigazo

semejante debería costar la vida no sólo al que lo ha dado, sino á toda la raza de nuestros opresores.

— Eso es fácil de decir, contesté, y usted que hace gala de tan orgullosos sentimientos, ¿ por qué no tomó mi defensa, cuando me hallaba solo contra tres oficiales de los dragones de San Luis ?

— ¿ Por qué ? Porque aun no ha llegado el momento ; pero paciencia, lo que no se hace en un día se hace en dos. Entretanto, ¿ está usted decidido á vengarse del ultraje que ha recibido ?

— Sí, sí, puedo hacerlo.

— En el presente caso, se puede todo lo que se quiere, contestó el hombre que me había hablado primero, y que continuaba dirigiendo la vista con distracción al horizonte.

El navío comenzaba á crecer, como una de esas nubes lejanas que aumentan de volumen á medida que el viento las empuja hacia el Zenit.

— ¡ Ah !.. continuó, ahora, sí distingo todo el velamen.

— ¡ Á fe de contrabandista !.. es un hermoso bergantín, exclamó el joven pescador mexicano ; pero todavía es muy temprano para que se aproxime á la barra.

— Viene á reconocer la costa mientras hay luz, para poder abordar en la noche, respondió el compañero del que acababa de declarar tan ingenuamente su profesión de contrabandista.

Al mismo tiempo, ambos individuos se alejaron á poca distancia, y observé que hablando en voz baja tan pronto me designaban como dirigían sus miradas á uno de los puntos más elevados de la costa. En la cumbre de un peñasco elevado, que dominaba por una parte la corriente del río Pánuco, y por la otra el mar, se dibujaba en el azul del cielo la garita de un vigia ó guarda-costa. Comprendí que la presencia de aquel guarda molestaba á los dos interlocutores. El más joven se acercó á mí.

— Amigo, me dijo resueltamente, se trata de tomar un partido. ¿Es usted de los nuestros? Á nombre de este caballero le ofrezco de nuevo la venganza. Veamos: mientras hierve aún la sangre en sus venas, ¿jura usted por la salud de su alma que será de los nuestros?

— ¿Quién es usted? pregunté al desconocido.

— ¿Qué le importa á usted, si le ofrezco los medios de vengarse?

— Pues bien, con esa condición, soy de ustedes,

lo juro por la salvación de mi alma. Ahora, ¿ puede usted decirme quién es, y quién es este caballero?

— Yo soy el contrabandista Albino Conde; en cuanto á este caballero, aun debe usted ignorar su nombre.

Había oído hablar con frecuencia de Albino como de uno de los más audaces contrabandistas de la costa. Bajo el régimen español, el contrabando era un oficio lucrativo, aunque muy peligroso. Era una guerra á muerte entre los guardas de la aduana y los enemigos del fisco, y en aquellas luchas mortales, Albino Conde se había creado una fama extraordinaria.

Quedó convenido que esperaríamos detrás de los nopales á que el sol estuviese próximo á desaparecer, y entonces Albino, su compañero y yo, iríamos á abordar el navío que se hallaba á la vista. Parecía que ambos tenían datos ciertos sobre su nacionalidad y sobre la clase de su cargamento. Yo me hallaba ausente, durante semanas enteras, de mi habitación: así es que no temía alarmar á mi padre volviendo á la casa la mañana siguiente; la esperanza de vengarme pronto bastaba, por otra parte, para detenerme en la playa, y aunque no pudiese comprender exactamente la analogía que podía resultar de aquel contrabando, con

los motivos de queja que yo tenía, sin embargo, no vacilé en prestar una ciega obediencia á los planes misteriosos de mis compañeros.

Á través de los nopales que crecían en la ribera, el contrabandista no cesaba de observar las maniobras del bergantín. También tenía los ojos fijos en la eminen- cia donde se hallaba apostado el vigilante, y en el mástil de señales que se elevaba al lado de la cabaña. Albino vió al bergantín virar de bordo en el momento en que un pabellón izado por el vigilante, acababa de señalar la presencia de un navío más allá de la barra; el bergantín comenzó inmediatamente á disminuir de tamaño en el horizonte, y el pabellón que lo señalaba fué arriado repentinamente.

— ¡Vive Cristo! dijo el contrabandista. Podían irse al infierno todos los guarda-costas; ahí está uno que si no lo remediamos, va á pasar la tarde, señalando las idas y venidas del navío.

En efecto, á medida que el barco se alejaba ó se aproximaba, las señales del vigía indicaban inmediatamente sus movimientos. El sol se ocultaba ya en el horizonte, cuando el bergantín creció de nuevo á nues- tra vista, y enarboló el pabellón español. Inmediata- mente apareció el propio pabellón en el mástil de señales.

— ¡No es el que esperamos! dijo el mayor de mis dos compañeros.

— Nada tema usted, doctor, agregó Albino: ¿cree usted tan inocente al capitán del bergantín, para enar- bolar el pabellón francés? Es el mismo buque del que descargamos ayer algunos tercios de sedería; aunque habitante de la tierra, tengo una vista de marino, y nunca me engaño, estoy seguro; lo esperan á usted á bordo, y yo le conduciré; debemos únicamente espe- rar que se oculte el sol.

— ¿No habría sido más sencillo, dijo el individuo á quien Albino llamaba doctor, que el hombre que usted sabe hubiese venido á la playa, en lugar de espe- rarme á bordo?

— Sí; pero habría corrido el riesgo de que lo pren- diesen y lo fusilasen tal vez, y á usted con él, mientras que de la otra manera ninguno irá á molestarlos cuando ustedes estén concertando sus planes en el puente ó en el camarote del navío. Así es que creo más pru- dente que usted vaya á bordo.

El doctor se tranquilizó con las prudentes reflexiones del contrabandista, y permanecimos silenciosos, in- móviles en nuestro puesto de observación, esperando el momento en que las tinieblas de la noche nos per-

mitiesen salvar la barra y llegar al navío francés. En fin, los últimos rayos del sol no doraban más que las cimas de los palmeros y la altura donde se hallaba el guarda-costa, cuando, después de haber hablado algunos instantes en voz baja con el doctor, Albino me hizo señal de que lo acompañase. Después de haber dejado solo al doctor, seguimos juntos por la orilla del río. Habiendo llegado después de un cuarto de hora de marcha al lugar en donde se estrechaba la corriente entre dos riberas de cañas, Albino sacó de entre aquellas plantas acuáticas una pequeña piragua que se hallaba oculta. Atravesamos el río y tomamos tierra en el lado opuesto. Desde aquel lugar, en donde había una rica vegetación, una cuesta suave al principio, y que gradualmente iba siendo más escarpada, conducía á la eminencia en donde se elevaba la garita del guarda-costa.

— ¿Sin duda es usted cazador?... me preguntó Albino.

— ¿Por qué me lo pregunta usted? le dije.

— Es decir, añadió el contrabandista, que usted sabe arrastrarse en silencio hasta el lugar en que se halla el animal. Pues bien, recurra usted á su habilidad de cazador, porque es preciso que subamos hasta

esta eminencia sin que nos vea ó nos escuche el vigilante, para dirigir desde allí una mirada al mar.

— Eso es muy fácil, tanto más cuanto que el guarda-costa se halla oculto en su garita.

— Lo que no impide que nos envíe una bala con su carabina; así, pues, ya está usted advertido: marchemos.

Yo había obedecido hasta entonces pasivamente las órdenes de mi compañero, y por amor propio le obedecí después. Cuando la piragua quedó de nuevo oculta entre las cañas, comenzamos á ascender en la colina. Era una lengua de tierra que limitaba por un lado el río Pánuco, y por el otro, el mar. Á la derecha, el agua dulce se precipitaba, murmurando en el océano; á la izquierda, las olas de agua salada se estrellaban con estrépito en los flancos y al pie del promontorio. De esta manera, el vigilante podía dominar el río y la alta mar. El ruido de las olas que se chocaban á nuestros pies contra el dique que formaba el peñasco, y el que minaban lentamente, ahogaba el ruido de nuestros pasos.

Era por lo mismo muy fácil avanzar sin que nos escuchasen; pero no pareció absolutamente posible escapar á las miradas del vigilante, luego que hubiésemos